

LA POLITIZACIÓN DE LA SOCIEDAD Y DE LA VIDA

Antonio Medrano

www.antoniodmedrano.net

1.- Qué significa la politización.

Para entender esta grave dolencia que afecta al mundo actual hay que considerar dos conceptos estrechamente relacionados: el politicismo y la politización.

El politicismo es aquella postura o tendencia que conduce a la absolutización de lo político. Se da cuando la política se convierte en algo absoluto y supremo, haciendo de ella la máxima categoría de la existencia. Dicho con otras palabras: otorgar un papel preponderante a lo político sobre el resto de las actividades humanas. Es decir, la idolatría de lo político, como el capitalismo es la idolatría y tiranía del capital, del dinero, o como el materialismo significa la absolutización o veneración idolátrica de la materia y las cosas materiales.

La politización, que es ligeramente diferente, supone la injerencia, intromisión e invasión de la política en áreas que le son ajenas y no le competen (desnaturalizándolas y corrompiéndolas). Se trata de una enfermedad de la política: su hipertrofia que la convierte en un cáncer, con nefastas metástasis en el cuerpo social. Enfermedad, ésta, sumamente contagiosa y que se propaga con gran facilidad, infectando todo cuanto toca o cae en su radio de acción.

La politización puede entenderse también, desde una perspectiva más bien individual, como una inclinación desorbitada y compulsiva hacia la acción política (manía politiquera, politicante o politicista); el vivir obsesivamente pendiente de lo político y de los políticos; el interés desmedido y casi exclusivo por las cuestiones políticas (ya sea el desear con ansia enterarse de lo que pasa en el mundo de la política, o el estar a todas horas discutiendo de política y buscando intervenir en ella); el amor desordenado a la política y a todo lo con ella relacionado (desordenado = excesivo, obsesivo, maniático, anormal, anárquico); el preocuparse por las ideas, las teorías y los acontecimientos políticos antes que por otras cosas de mayor enjundia, como pueden ser la propia vida personal y el propio desarrollo o crecimiento interior.^[1]

La sana política, la política normal y legítima no tiene nada que ver con esto. Está en los antípodas del politicismo y la politización, al igual que el economicismo, con su inevitable secuela, que es la economicización de la vida social, constituye la antítesis de una economía sana. La política está al servicio de la vida, y no la vida al servicio de la política, la cual puede y suele convertirse en un terrible e insaciable Moloch que exige continuos sacrificios humanos, al igual que hace el Moloch o Mammón económico. Sacrificios muchas veces sangrientos, atroces, salvajes y de una brutalidad aterradora.

Una cosa es la política, y otra muy distinta la politización o el politicismo. De la misma forma, una cosa es el ejército, la milicia y lo militar, una dimensión de la vida social que atesora grandes valores y valiosas virtudes (las virtudes castrenses) y otra muy distinta el militarismo, la militarización de la sociedad y de la vida. Una cosa es, siguiendo en la misma línea, la justicia (con el aparato o poder judicial, encargado de administrarla), indispensable en una sociedad (y que, en definitiva, en cuanto institución, como tal cuerpo especializado de la administración, viene a formar parte de la maquinaria política), y otra completamente diferente **la judicialización de la política** o, peor aún, **la judicialización de la vida**: que los jueces y los

tribunales nos digan cómo tenemos que vivir, cuáles deben ser nuestros ideales, nuestras convicciones y nuestro comportamiento moral, y nos persigan y nos condenen si no les obedecemos; que tengamos que dar cuenta ante los jueces de lo que pensamos y por qué lo pensamos. La politización de la justicia es, por cierto, uno de los males que padecemos, y que trae como secuela inevitable la judicialización de la política. Es éste un alarmante proceso patológico del que brotan, y no pueden sino brotar, monstruosidades jurídicas; monstruosidades a las cuales, por desgracia, nos hemos ido acostumbrando, pues algunas de ellas son ensalzadas como grandes conquistas de la Humanidad. [QUITAR → Así, por ejemplo, juzgar y condenar como criminales de guerra, ahorcándolos como vulgares delincuentes, a los vencidos en un conflicto bélico.]

La politización (junto con el politicismo) **es uno de los peores males que sufre la civilización occidental.** Nos hallamos ante una auténtica epidemia de esta sociedad decadente, desintegrada y desestructurada, en proceso de descomposición, corrompida y envilecida en que vivimos. Quienes tengan vocación política deberán cuidarse muy mucho de caer en alguna de tales aberraciones, pues, de lo contrario, poco van a arreglar. No harán sino contribuir a agravar el desorden general.

2.- ¿Por qué es un mal la politización?

El problema es que en nuestra civilización occidental, y especialmente en los últimos tiempos, **la política y lo político han experimentado un desarrollo completamente anómalo**, un crecimiento desorbitado en detrimento de otras dimensiones de la vida, como consecuencia de la crisis espiritual que sufrimos (y que viene de lejos). La política se ha separado, además, de los principios que deberían guiarla: se ha desprincipiado, carece de verdaderos principios (espirituales, trascendentes, metafísicos).

Este es un problema que se inserta en el complejo y preocupante proceso de la crisis de Occidente, que tiene como notas principales el eclipse de la Sabiduría y el olvido de la dimensión espiritual de la vida, la ruina de los valores (incluso su inversión total), la materialización y degradación de la existencia, la desintegración y adulteración de la cultura en todas sus manifestaciones. La politización, como parte de este proceso de crisis, entraña una grave caída de nivel, un desmoronamiento de la convivencia, una pérdida de la salud y de la vitalidad del cuerpo social.

A ello se añade otro aspecto, que contribuye a hacer que el fenómeno en cuestión sea aún más problemático, con consecuencias imprevisibles y siempre funestas: el importante **componente de apasionamiento** que conlleva la política. En ella domina **el factor pasional**, y más en una política como la actual, en la que tienen un protagonismo especial la propaganda (oscurecedora de la mente, excitadora de las peores pasiones) y los movimientos de masas (la masa es pura pasionalidad, visceral irracionalidad, vehemencia insensata).

La política, por ser terreno de lucha entre facciones, opiniones, intereses, partidos y tendencias contrarias, es **campo abonado para los excesos emotivos y sentimentales**, para las bajas pasiones y los peores instintos. En el mundo político se dan asimismo infinidad de conductas, actitudes y hábitos anómalos, que constituyen execraciones negativas y censurables sumamente dañinas, pudiendo tener graves efectos tóxicos en el ambiente y en los sujetos que se vean afectados. He aquí algunas de las manifestaciones de tal negatividad: partidismo, sectarismo, fanatismo, tendenciosidad, oportunismo, chaqueterismo, clientelismo, enchufismo, despotismo y servilismo, posturas y maniobras maquiavélicas, violencia, agresividad, mentira sistemática, extremismo, charlatanería, necedad, ignorancia osada, impertinencia, odio, rencor y resentimiento, envidias, rencillas, camarillas, discusiones interminables, escisiones, mediocridad,

vulgaridad, grosería, corrupción, juego sucio, trampas, malas artes, zancadillas, insidias, calumnias, insultos, improperios y exabruptos, demagogia, conspiraciones, traiciones e infamias, venganzas y represalias, egolatría de los dirigentes, etc., etc. La política moderna es partidista y sectaria por naturaleza. Hay en ella mucho *pathos* (pasión, acaloramiento, visceralidad, patetismo) y poco *logos* (razón, racionalidad, inteligencia, buen juicio, sentido común). Es caldo de cultivo de la *hybris*, la desmesura, la soberbia, el desorden anímico, la vileza y el vicio desbocado.

La política está, por otra parte, sujeta a vaivenes muy violentos. Es muy semejante a **un mar tempestuoso**, pudiendo también compararse unas aguas cenagosas o **arenas movedizas**. Es el campo del activismo: la acción como fin en sí misma, actividad desenfundada, hacer por hacer, movimiento incesante, agitación, inestabilidad, puro devenir (sin el ser que le daría estabilidad y orientación). No en vano **en el mundo de lo político resulta dominante la tendencia rajásica**, que significa pasión, fogosidad, ambición, dinamismo, movilidad, pulsión activa y violenta, expansión conquistadora o invasora (tendencia irrefrenable a expandirse), afán de poder y dominio, instinto combativo y agresivo, ímpetu fáustico, voluntad innovadora y realizadora, anhelo de novedades (incluso novelería), proclividad a la exageración y la demasía (el exceso, la exuberancia y la arrogancia), vanidad y manías de grandeza, prurito de destacar sobre los demás, ajeteo, afanarse (aunque sea sin objeto ni sentido), necesidad de moverse de un lado para otro, apresuramiento y frenesí, impaciencia, desazón, desasosiego, inquietud (incapacidad de estarse quieto), expresión descontrolada y caprichosa (a menudo vehemente, alocada, exaltada), cambio incesante, dispersión y disipación, inclinación al ruido y al bullicio, propensión a hablar y pensar de manera embarullada (también a gesticular, hacer o actuar sin orden ni concierto), ansia exteriorizante, descentramiento, desequilibrio, impulsividad, perturbación alienante, excitación sentimental y emotiva, tensión centrífuga, huida del Centro y del Ser. Son todas estas, en su mayoría, notas que están muy presentes, y a menudo de forma álgida y preocupante, en el campo político. (N)

Hay que tener en cuenta, por otra parte, que **aunque la tendencia típica de la política**, la dominante y más característica, **sea la rajásica, en ella puede y suele cobrar un protagonismo relevante la tamásica**, que irrumpe a menudo de forma violenta y arrolladora. Tendencia ésta, la tamásica, catagógica o descendente, cuyo significado es oscuridad, ignorancia, pesantez, inercia, crueldad, brutalidad, materialismo y destrucción. De hecho, la política, cuando incurre en lo que podríamos llamar la insubordinación de lo rajásico contra lo sátrico, cuando en ella deja de estar presente la influencia iluminante, benefactora y ordenadora de lo sátrico, no hace sino abrir las puertas a la irrupción de lo tamásico, que se asocia entonces de manera aciaga con el desequilibrio y activismo rajásicos para causar aún mayor caos e inestabilidad.

Se trata, por tanto, de un ámbito de enorme relatividad, muy lábil y cambiante, peligroso y poco fiable. Por la misma lógica que lo anima, el mundo de la política zarandea, violenta, cambia y corrompe con gran facilidad a los seres humanos. De ahí que sea tan frecuente ver en el mundo político cambios de ideas y de bando tan repentinos como sorprendentes: el que era un fanático comunista se convierte en liberal de la noche a la mañana, para volver a reciclarse como socialista o ecologista, si las circunstancias lo requieren; el que fuera fascista entusiasta aparece de repente como “demócrata de toda la vida”.

La politización hace que este ambiente tan negativo y problemático se contagie al cuerpo social. Con lo cual la sociedad se ve afectada por una serie de males que la van a dañar seriamente y contra los cuales no podrá reaccionar si no posee los resortes y las reservas morales para ello.

Dado que el ámbito de la política como tal adolece de una componente negativa tan fuerte, resulta evidente que quienes pretendan intervenir en la política tendrán que prepararse muy a fondo en el plano personal, interno, mental y anímico. Para poder moverse con dignidad en un

mar tan proceloso y contaminante, han de tener una preparación superior, muy especial y exigente, tanto en el terreno espiritual y moral como en el intelectual y emocional. De lo contrario zozobrarán. Pero este nivel de formación integral es hoy día rarísimo, especialmente en quienes se dedican a la política. No digamos en quienes se han propuesto vivir de ella.

En la aguda politización de las naciones y sociedades de nuestra época está, en gran parte, la causa de las dos guerras mundiales (así como de la burda interpretación que se hace de las mismas) y de tantas guerras locales (revolucionarias, anticoloniales, nacionalistas, etc.) que se han multiplicado durante el siglo XX, originando tremendo sufrimiento por doquier.

Los aciagos efectos de la politización se observan asimismo en la vida interna de las naciones, pues vemos cómo la mayoría de ellas se ven desgarradas por enfrentamientos partidistas, por las luchas de facciones irreconciliables, por las pasiones atizadas por las diversas organizaciones políticas (partidos, sindicatos y otras agrupaciones de muy variada naturaleza), por los odios y rencores que los demagogos, agitadores y políticos profesionales se ocupan en mantener bien vivos. El exagerado protagonismo que cobran los políticos contribuye a generar toda clase de conmociones, tensiones, conflictos y problemas sociales rompiendo la cohesión que debería reinar en la vida nacional.

Menéndez Pelayo, el gran intelectual y erudito español del siglo XIX, afirmaba que cuando Dios quiere castigar a un país le envía una plaga de políticos, el peor de los flagelos que puede caer sobre cualquier nación. Esta caterva de politicastro se multiplica como las langostas y lo invade todo devorando cuanto halla a su paso. El desarrollo hipertrofiado de la política genera, en efecto, un parasitismo que, cual dañina plaga bíblica, acaba esquilmando la riqueza de un país y destruyendo su tejido moral.

3.- ¿Cómo surge la politización?

El problema, grave problema, de nuestra civilización es que **se ha quebrado el orden legítimo, y por ende no se respetan la jerarquía y la realidad de las cosas.** Al igual que ocurre con otros ámbitos de la vida (la economía, la ciencia, la filosofía, el arte, etc.), la política se ha independizado por completo de las instancias que le podrían dar orden y sentido. Se ha desmadrado, va a su aire, y pretende imponerse (se ha impuesto de hecho) como instancia suprema, dado su enorme poder, en competencia o maridaje con la economía. Por eso hoy día todos somos esclavos de la política y la economía: estamos a merced de estos dos monstruos, que dirigen y controlan por completo nuestras vidas.

Es, sin ir más lejos, el moderno fenómeno del totalitarismo. La tiranía totalitaria: todo es política; la política tiene que estar en todo y nada se le puede escapar; nada debe quedar al margen de la política (o, lo que viene a ser lo mismo, de la ideología); todo tiene en el fondo una significación política o es políticamente relevante; todo tiene que estar sometido a la política y los planteamientos ideológicos. No hay margen más que para lo políticamente correcto o aceptable. La política deviene algo total, que lo abarca todo y no admite excepciones. De ahí la represión y persecución desencadenadas contra cualquiera que se atreva a sostener ideas que se apartan de la línea político-ideológica dominante, que contravienen o ponen en duda los dogmas oficiales, aunque sea en cuestiones nimias o aparentemente insignificantes. Así llegamos al imperio del pensamiento único, un signo de los tiempos: los discrepantes o disidentes no son sólo perseguidos, purgados o depurados, colocados bajo sospecha y sometidos a permanente vigilancia, sino que además quedan demonizados, ridiculizados, sometidos al escarnio público, malditos, puestos en la picota y condenados a las tinieblas exteriores cual si fueran funestos herejes, peligrosos dementes, delincuentes o criminales, recalcitrantes enemigos de la Humanidad, para que así nadie se interese por su obra y su mensaje.

El politicismo, con la consiguiente politización de la vida, es un típico fenómeno de insubordinación; esto es, de rebeldía contra el justo orden. Lo que está en su raíz es, en definitiva, un insubordinarse, un negarse a ocupar el puesto que a uno le corresponde (ya sea ese “uno” un individuo o grupo, una cosa, una idea, un tipo de actividad o función), pretendiendo ser más de lo que se es y colocarse en un nivel superior de forma ilegítima. Dicho de otro modo: el rechazar situarse por debajo (*sub-ordenarse*) de aquello que es jerárquicamente superior. Como tal fenómeno de insubordinación constituye un síntoma característico del ambiente caótico y oscuro propio del Kali-Yuga, la “Era negra” en la que se inserta la grave crisis del mundo moderno.

En este contexto de crisis, de desintegración y de pérdida del centro, que lo ha trastocado todo, se origina la politización, que, como hecho anómalo, negativo, aberrante y vicioso, **puede afectar tanto a los individuos como a las sociedades**. Tiene una doble faceta: personal y social. Si puede haber una sociedad politizada, es porque los individuos que la componen se han politizado: se han dejado politizar o se han entregado con fruición a esa demencia tan dañina.

La actitud politizada o politicista **puede camuflarse con muchos disfraces**: idealismo, generosidad, voluntad de regeneración, anhelo de una mayor justicia social, etc. El individuo politizado se engaña a sí mismo: en la mayoría de los casos no es consciente de su aberrante politización, o no se percata bien de hasta qué punto llega tal politización y de la anomalía que la misma entraña.

4.- Rasgos típicos de la sociedad y el individuo politizados:

Si observamos el funcionamiento y comportamiento de una sociedad, un grupo o un individuo politizados, comprobaremos que cualquiera de ellos presenta los siguientes rasgos:

- Concede demasiada importancia a la política. Le da prioridad absoluta, haciendo de ella el centro, la base y la cúspide de la existencia. La política tiene total primacía en su mente y en su vivir cotidiano, como si en ella le fuera la vida y quizá hasta la salvación eterna.
- Considera que la política es la parcela o el área de actividad más decisiva de la vida (postura que se da de hecho, aunque no se diga de manera expresa, no se reconozca o incluso se niegue que uno está instalado en tal convicción). No se concibe que pueda haber algo por encima de la política.
- En su alma no hay sitio más que para la política. Todo lo demás pasa a un segundo plano (si es que no es suprimido o reprimido violentamente). Lo que carece de significación, repercusión o incidencia política no interesa (es como si no existiera). Sólo vibra realmente por cuestiones políticas, aun cuando sean nimias; lo demás le deja frío o no le atrae demasiado. La política acaba desplazando a esferas o campos de actividad que son mucho más importantes. Se trata de una especie de deformación profesional: aquella distorsión mental que lleva al profesional especializado a verlo e interpretarlo todo bajo el prisma de su especialización.
- Cree que en la política están los resortes más poderosos para actuar sobre la vida, para cambiarla, para poner orden en ella y darle sentido. Mantiene una arraigada creencia en el poder taumatúrgico de la política: está firmemente convencido de que un cambio político más o menos profundo, más o menos violento, como la democratización o la revolución (sea ésta del signo que sea), puede obrar milagros.
- Piensa que sus males tienen un origen político: la explotación capitalista, la dictadura a la

que ha sido sometido durante años, los malos dirigentes, un mal sistema electoral, la falta de democracia, etc.. Confía en que los remedios a sus problemas, y los del mundo en el que vive, van a venir de la acción política: prodigiosas recetas políticas o ideológicas.

- Espera de la acción política (del gobierno, de esta o aquella ideología política de la lucha política o de la participación de la gente en ella, de un levantamiento revolucionario) cosas que la política no puede dar: la libertad, la felicidad, la realización personal, quizá incluso la inmortalidad, el vencer a la muerte, como pregona absurdamente la ideología comunista.

- Ve la vida desde un punto de vista predominantemente o exclusivamente político (ya sea éste burdo o sofisticado, malo o bueno, repulsivo o aceptable). Todo lo interpreta y juzga desde la perspectiva política (a menudo grosera, obtusa en extremo, carente de finura y de agudeza). Lo politiza todo. Tiende a proyectar, de forma abusiva, invasora y opresiva, la sombría luz que proyecta el reflector político al resto de las parcelas de la vida.

- Adolece de una mente manipuladora que deforma, distorsiona y tergiversa la realidad para ajustarla a sus esquemas y prejuicios. La politización elimina cualquier rastro de objetividad, imparcialidad y ecuanimidad.

- La religión y la espiritualidad quedan instrumentalizadas, subordinadas a lo político, puestas al servicio de una visión política o politizada, cuando no se las ataca abiertamente y con saña. En muchos casos la religión se ve sustituida por la política, convertida en una especie de religión laicista y atea.

- La deformación politicista llega en muchas ocasiones a tal punto que, incluso en el caso de individuos interesados por las cuestiones religiosas (espirituales, místicas o esotéricas), ya ni siquiera se comprende lo que significan la espiritualidad y el mundo de lo espiritual.

En una palabra: **la política ocupa el puesto de la Vida**. La vida real, la vida cotidiana, tanto la vida social como la vida personal, queda invadida, parasitada y fagocitada por lo político. En la existencia de ese sujeto (o, en su caso, de ese grupo social) lo político, con toda su superficialidad, precariedad y banalidad, sustituye a lo vital, a lo esencial, a lo personal profundo, a lo íntimo y genuino de su propio ser. Los dogmas ideológicos, las ideas políticas (engañosas, falsas y triviales en la mayoría de los casos) acaban nublando la visión, con lo cual se asfixia y destruye la experiencia viva de la realidad. Lo real queda desplazado por las quimeras de lo político (ya sea lo políticamente correcto o lo políticamente incorrecto).

5.- Consecuencias de la politización

La politización de la vida tiene consecuencias funestas tanto para el orden social como para la existencia personal de los individuos. **Lo peor de todo, lo más grave, es la politización de la mente** (del alma, de la psique). El sujeto que sufre tal proceso acaba siendo guiado y manipulado por su mente politizada, que le impedirá ver la realidad tal como es (y verse a sí mismo como es y como debería ser). Como consecuencia de ello:

- Se descuida la propia formación personal, que suele ser muy deficiente, que presenta numerosas y grandes lagunas. El individuo no se cultiva, con lo cual se embrutece, idiotiza y anquilosa cada vez más, acentuándose como consecuencia sus fijaciones, inercias, manías, fobias, obsesiones y prejuicios.

- La política impone sus leyes y sus métodos en todo lo que el individuo hace o deja de hacer, a lo que piensa y lo que dice, a lo que siente y lo que quiere o desea; imprime en el propio vivir su lógica, su mentalidad, sus parámetros, sus esquemas y sus formas de actuación.

- No hay manera de tratar a fondo otros asuntos que no sean los políticos. Se hable de lo que se hable, se analice lo que se analice, todo acaba derivando hacia el terreno político: se

empieza a hablar de la Divinidad o del arte románico, y se acaba hablando del sistema autonómico, de la cleptocracia, de la reforma de la Constitución o de los inconvenientes del bipartidismo. Si se le ocurre a uno explicar la importancia de la acción para la vida humana, más de uno pensará automáticamente que quien habla se está refiriendo a la acción política, por mucho que se aclare que no es así.

- En el asunto de la grave crisis que sufre la civilización occidental: se la interpretará en clave política, proponiendo soluciones políticas y métodos de actuación propios de la política, como si esto fuera a solucionar algo. No se ven aspectos fundamentales de la crisis que tienen muy poco o nada que ver con lo político.

- Se politiza la espiritualidad, en vez de espiritualizar la política. Hasta el mismo clero (sacerdotes y obispos) parece pensar a veces que, si no se habla de política, hay poco interesante y sugestivo de que hablar, apenas hay mensaje que transmitir.

- La política copa de forma abusiva los espacios informativos, los análisis de la actualidad y los debates públicos (tertulias, desayunos, entrevistas, mesas redondas, conferencias, etc.). No se habla más que de política (excepción: los deportes junto a los programas de cotilleos y los *reality shows*). También se habla, por supuesto, de economía, al adquirir ésta una relevancia álgida en momentos de grave crisis económica como la que actualmente sufrimos; pero con un enfoque siempre clara y decididamente político, pues la economía se presenta hoy como una derivación de la política, o viceversa (dada la importancia que lo económico adquiere en la actual sociedad materialista, capitalista y economicista).

- Los politicantes y politiqueros proliferan como las setas. Se discute de política acaloradamente y a todas horas, manejando tópicos y lugares comunes y tocando la mayoría de las veces asuntos banales o grotescos. El primer imberbe con el que te topes por la calle te sermoneará para instruirte sobre los altos principios de la acción política y de la labor de gobernar tal y como él las entiende, así como sobre lo que debes y no debes hacer para ajustar tu existencia a tan excelsas normas por él captadas de forma intuitiva y genial.

- Todo el mundo se considera capacitado para opinar sobre política, sobre cualquier cuestión relacionada con la política nacional o internacional (aunque no tengan idea de nada). Hasta el último mono cree ser un especialista y consumado experto en ciencia política, por el mero hecho de leer el periódico o de tragarse los debates y tertulias de radio y televisión.

- La política se degrada y trivializa hasta tal punto que resulta imposible enfocar los problemas de manera seria y responsable. Menos aún plantear cuestiones de gran calado o de alto porte, tocar temas de auténtica trascendencia, abordar asuntos de capital importancia para la vida humana, los cuales suelen estar más allá del campo político.

- La deformación de la mente politizada puede incurrir en aberraciones tan monstruosas como justificar y aplaudir el terrorismo, si es que no llega incluso a propugnar su práctica o entregarse de lleno a semejante estrategia asesina. Y no sólo la actividad terrorista, sino también otros crímenes de una crueldad e inhumanidad inauditas como el genocidio, el exterminio de poblaciones enteras, la limpieza étnica y las deportaciones masivas pueden encontrar aprobación, beneplácito y hasta bendición en la mentalidad politizada, para la cual todo está justificado cuando se trata de alcanzar determinados fines políticos (el fin justifica los medios).

- La mente politizada o politicista suele ser proclive a realizar incursiones en el campo espiritual, para el cual no posee la debida cualificación (o, peor aún, le es totalmente ajeno). Lo cual le lleva a emitir juicios y opiniones carentes por completo de fundamento que no hacen sino enmarañar las cosas y aumentar aún más la enorme confusión ya existente (ocasionando un grave daño cuando se trata de escritores o intelectuales con cierto prestigio).

- Con harta frecuencia vemos individuos y grupos que, llevados de su preocupación política y su interpretación excesivamente politizada de la realidad, ponen su fe en el mundo

islámico, esperando que venga de él una acción salvadora y restauradora. Y ello por ser el Islam precisamente una religión política, con una fuerte implicación en los asuntos sociales y políticos, como lo demuestran los acontecimientos de la actualidad (terrorismo islámico, movimientos salafistas o yihadistas, revoluciones y guerra abierta en numerosos países, reclamación de imposición de la Sharia, etc.). En tales círculos, con un excesivo simplismo --y siguiendo las directrices de la intensa y poderosa propaganda islámica, hoy día extendida por doquier--, se tiende a interpretar la compleja y conflictiva situación que presenta el mundo actual bajo el prisma de una supuesta conspiración occidental contra el Islam, “la única religión que lucha abiertamente y de forma activa contra el mundo moderno” (según se suele afirmar en dichos ambientes, como si la misión de las religiones y tradiciones espirituales fuera el combatir contra sistemas, movimientos o fenómenos sociales y civilizatorios surgidos en un determinado momento histórico). No puede pasarse por alto, por cierto, que en esa misma obsesión por verlo todo desde la perspectiva del “luchar contra” (contra lo que sea: el capitalismo, el fascismo, el comunismo, el liberalismo, la democracia, el sionismo, el imperialismo yanqui, el papismo o el oscurantismo clerical, la conspiración judeomasónica, el sistema o la civilización imperantes) se trasluce la acentuada raigambre política de los planteamientos y las actitudes que dan lugar a tal postura. Ni que decir tiene que tal “lucha” se entiende y concibe, consciente o inconscientemente, en términos de lucha político-ideológica.

- La obsesión politicista o politicante crea mecanismos mentales muy nocivos que son difíciles de corregir o desmontar, entre otras cosas, porque el individuo politizado emplea múltiples argucias para justificar su postura y para disfrazar o camuflar su comportamiento, su mentalidad, sus motivaciones profundas y su forma de ver las cosas. Hay que tener en cuenta que la mentalidad politizada se mueve en un ambiente de cerrazón mental que, además de ser impermeable a cualquier razonamiento, reflexión o consideración que provenga de fuentes “enemigas” o “ajenas” (es decir, de otros partidos, ideologías o mentalidades), conduce a creerse con pasmosa facilidad la propia propaganda, aceptando de forma acrítica y a pies juntillas hasta las mayores enormidades, siempre y cuando estén de acuerdo con el enfoque de la parte o facción en la que uno se halla instalado.

Nunca se insistirá bastante en lo funesta que resulta esta acción politizadora, que **deforma la mente** de quien se haya entregado a ella. Con lo cual no hace sino crearse serios problemas personales y vitales. He conocido individuos a los que su tremenda politización mental les ha conducido de forma irremediable al suicidio. Un trágico destino sobre el que, en algún caso, yo mismo advertí con antelación: había anunciado que tal cosa acabaría ocurriendo si el individuo concernido no cambiaba su actitud y mentalidad. A otros muchos, su mente politizada les ha arruinado la vida: sus vidas han quedado convertidas en áridos desiertos politicistas, con una triste secuela de insensatez, amargura, fracaso familiar y/o profesional, resentimiento, odio contra todo el mundo, misantropía y soledad enfermiza, cansancio de vivir, posturas maniáticas, actitudes locoideas o demenciales.

A los individuos y grupos politizados les suele salir el tiro por la culata, al confundir las leyes de la realidad y de la vida con las leyes de la política (tal y como ellos la entienden). Por su torpe deformación mental, consiguen muchas veces justo lo contrario de lo que se proponen. Ej.: dirigentes franquistas, cuyos hijos acaban militando en el bando enemigo; caso del líder nazi Martin Bormann, individuo sectario y fanático en extremo, que verá cómo uno de sus hijos acaba convertido en sacerdote católico; el furibundo Robespierre que, con su política de Terror, fracasa en su intento de crear una religión inventada por él, con el culto al Ser supremo y con la sañuda persecución de los ateos, acabando él mismo en la guillotina.

En esta cuestión conviene tener claras las ideas, pues con harta frecuencia solemos caer en errores de apreciación que nos llevarán a malinterpretar la realidad. No debemos dejarnos engañar por la apariencia de las cosas, lo que nos llevaría a enfocar mal el diagnóstico y no detectar aspectos sutiles y aparentemente contradictorios de la mente politizada. Así, por ejemplo, en un mismo individuo **pueden convivir perfectamente**, como ocurre en la sociedad actual y como se ve a diario, **la politización con la despolitización**. Gente que sólo habla de política, que discute apasionadamente de cuestiones políticas, que se traga todas las tertulias y discusiones politiqueras, que vive pendiente de los debates políticos (así como de los chismorreos y cotilleos políticos), que se hace eco de todos los rumores que le llegan sobre el mundo político, que no hace más que contar chistes y chismes políticos, y que conoce a la perfección los nombres y las vidas de los personajillos de la vida política, pero que luego no participa en ninguna iniciativa interesante, no se implica en la menor tarea social o que rebase la esfera de la propia individualidad ni asume ningún tipo de responsabilidad activa frente a la colectividad. Semejante **individuo, sumido en una vulgar apatía política pero de mente burdamente politizada**, no trabajará ni luchará por sus ideales (inexistentes), no moverá un dedo ni se comprometerá con nada: se limitará a depositar su voto cuando le toque, creyendo que con eso ya ha hecho algo importantísimo y es dueño de la situación.

Se trata de un fenómeno mucho más frecuente de lo que se pudiera pensar a primera vista. Dicha postura, resultante de una mezcla en la que se combinan el egoísmo y la mediocridad, se ha extendido hoy de tal modo que va camino de convertirse casi en norma para la enferma sociedad de nuestros días. Esta **actitud apolítica pero politiquera** constituye una de las más típicas formas de expresión del hombre-masa, amo y señor de este mundo desprincipiado en el que vivimos y al cual imprime su sello desde su gregario anonimato.

6.- Algunos ejemplos de politización:

He aquí cinco ejemplos significativos de politización de diversas áreas de la vida social, que nos ayudarán a comprender cómo funciona este anormal fenómeno y cuáles son sus funestas consecuencias:

- **La politización del deporte.** El deporte no tiene nada que ver con la política, pero los regímenes comunistas convirtieron el deporte en un arma de propaganda, con secuelas trágicas para los deportistas, políticamente explotados como si fueran cosas o animales de exhibición (dopaje, enfermedades graves, anormales desarrollos hormonales, sobre-entrenamiento, etc.). En España, los nacionalismos separatistas han hecho del deporte un arma política, provocando situaciones absurdas para subrayar su afán de independencia y de ruptura de la nación de la que forman parte (alteración del recorrido de una vuelta ciclista, convertir un partido de fútbol en una airada manifestación política antiespañola, esgrimir un equipo deportivo como si fuera una especie de embajada nacional, prohibir o torpedear determinadas actividades y expresiones públicas multitudinarias de aficionados no nacionalistas).
- **La politización de la economía.** En España hemos tenido una muestra deplorable de tal fenómeno con la politización de las Cajas de Ahorro, instituciones de ahorro popular, que las ha llevado a la quiebra, generando una gravísima crisis financiera. Sus puestos directivos, en vez de estar ocupados por profesionales de la Banca y de las Finanzas, fueron copados por políticos profesionales de los diversos partidos, así como por dirigentes sindicales igualmente politizados, todos ellos sin la menor preparación técnica ni profesional en el campo financiero, pero que se asignaron sueldos millonarios y pusieron las entidades que dirigen al servicio de

intereses partidistas, financiando proyectos insensatos y las redes clientelares de sus partidos o grupos políticos. Al frente del Banco de España, que debería vigilar todo el sistema financiero del país, el gobierno socialista puso igualmente a un político advenedizo e inepto, el cual, al no haber sabido o querido realizar las funciones que le competen, ha originado una auténtica catástrofe nacional.[\[2\]](#)

- **La politización de la ciencia.** Valga como ejemplo la condena de las Leyes de Mendel por el Soviet Supremo, al no estar de acuerdo el concepto de herencia biológica con la ideología marxista-leninista. Como respuesta se crearía la biología mitchuriana (forjada por el biólogo ruso Mitchurin). En la misma línea va el anatema lanzado en las democracias occidentales contra la raciología, la ciencia que estudia las razas humanas, la cual se consolidó y experimentó grandes avances en el siglo XX y cuyas aportaciones resultan de gran interés para el conocimiento de la realidad humana, pero considerada nociva por atentar contra de los postulados ideológicos del sistema. En la misma línea van las pomposas declaraciones de la UNESCO sosteniendo que las razas no existen y echando por tierra las investigaciones de los más eminentes raciólogos, a los que se denigra y desprestigia sin piedad. También habría que incluir aquí la imposición forzada de una corriente pseudocientífica como el evolucionismo.

- **La politización de la enseñanza.** Todos los análisis llevados a cabo por expertos en la materia coinciden en que la politización e ideologización del sistema educativo constituye una de las principales causas, si no la principal, del declive, realmente desastroso, que la educación ha experimentado en los últimos años en diversos países europeos. La entrada arrolladora de la política en las aulas, en todos los niveles de la actividad docente, tanto en la enseñanza primaria y secundaria como en la universitaria, ha tenido unos efectos demoledores, provocando un descenso alarmante en la formación de las nuevas generaciones, lo que no augura nada bueno para el futuro. Puede consultarse, a este respecto, el libro *L'enseignement en détresse* ("La enseñanza en peligro") de la pedagoga francesa Jacqueline de Romilly.

- **La politización de la religión.** Véase el caso de la Iglesia anglicana: surgida por decisión del rey Enrique VIII, en un nefasto proceso de politización y nacionalización que no habría sido posible si la Iglesia de Inglaterra no hubiera estado ya muy politizada. También con procesos similares, en algunos aspectos: la Iglesia gálica en Francia, las Iglesias nacionales de los países protestantes, la Iglesia nacional filipina, la Iglesia patriótica en la China roja; o también los intentos de renovación religiosa en el Tercer Reich (neo-paganismo, cristianismo depurado de influencias judías, religión naturalista sin trascendencia, con su idea de la "inmortalidad terrena" o perpetuación biológica en la raza).

Se podría hablar también de la politización de la cultura, del arte, de la literatura, de la filosofía y el pensamiento, de la justicia, de la medicina, de la educación, de la familia, de la empresa, de la lengua y del folclore, del sexo o de cualquier otro ámbito de la vida humana. En nuestros días, y en la mayoría de los casos, se une a ello la manipulación ideológica de tales esferas o actividades vitales.

Así vemos con frecuencia exaltadas cómo geniales obras literarias, cuyo valor puede ser bastante dudoso, por ser sus autores de determinada adscripción política o ideológica, mientras otras obras de mayor valía son silenciadas por completo, siendo sus autores sepultados en un total ostracismo. Capítulo aparte merece la politización de la Historia (o, si se prefiere, de la historiografía), la cual suele quedar falsificada y deformada hasta lo irreconocible mediante enfoques sesgados que suelen ser no sólo infames sino también ridículos y pueriles.

Un caso especialmente llamativo de politización es el cambio en los nombres de ciudades importantes para sustituirlos por nombres de líderes políticos o alusivos a determinados acontecimientos ligados a la política. Véase, por ejemplo: Ho-Chi-Min (el antiguo Saigón) en el Vietnam, Karl-Marx-Stadt (antes Chemnitz) en la DDR (la Alemania oriental), Leningrado y Stalingrado en la Unión Soviética. También la alteración de los símbolos nacionales, como la bandera y el escudo del país, muchas veces con una larga tradición, para reemplazarlos por otra enseña que recoja los colores y los emblemas del partido o el movimiento que ha conquistado el poder. Así vemos cómo en Rusia la bandera roja con la hoz y el martillo sustituyó a la bandera zarista; en Alemania la antigua bandera del Reich se vio suplantada por la bandera con la cruz gamada del NSDAP tras el ascenso de Hitler al poder. Algo similar ha ocurrido, en un momento u otro, en China, Afganistán, Egipto, Siria, Irak, Sudán, el Yemen, Hungría, Rumanía, el Zaire, el Congo (Brazzaville), Burkina Faso, Birmania, Camboya, Laos, Mongolia, Libia, Benín, España (con la Segunda República), Yugoslavia, Albania, Bulgaria, Etiopía (donde, al instaurarse la república, fue eliminado el emblema milenario del León de Judá) e Irán (de cuya bandera, tras la revolución islámica, se suprimió la vieja insignia del León persa con el sol y la espada).

La politización acarrea siempre la desnaturalización, con la consiguiente degradación y descomposición, de aquel ámbito de la vida o campo de actividad sobre el cual la esfera política hipertrofiada proyecta su funesta acción. Al verse politizado, el arte deja de ser arte, de la misma forma que, al politizarse, la Justicia y el Derecho dejan de ser justos y rectos (convirtiéndose en lo contrario, aparatos injustos y torcidos), y al igual que la filosofía politizada o ideologizada deja de ser lo que debería ser: amor a la Sabiduría y búsqueda de la Verdad (o, mejor aún, actitud de servicio a la Verdad).

7.- Factores que contribuyen a acentuar la politización

El peligro de la politización de la sociedad y de la vida de las personas se acentúa, y sus consecuencias se agravan, por la conjunción de otros muchos factores, entre los cuales hay que destacar dos principales, especialmente relevantes en el ambiente actual:

- 1) **La incultura:** la insuficiente o deficiente formación cultural (en sentido integral: formación personal, íntima, física, anímica y espiritual). La ignorancia, el desconocimiento de cosas que se deberían saber (indispensables para vivir). La falta de un cultivo adecuado de la persona, del necesario cultivo de los valores (verdad, bien y belleza).
- 2) **El activismo:** el frenesí de la acción, el hacer por hacer, el movimiento incesante; la acción sin el ser, sin estar enraizada en la contemplación. El obrar torpe, incorrecto, desmedido, violento, necio e ignorante, que violenta la realidad.

Cuanto más deficiente y pobre sea la cultura de un individuo (su formación espiritual, intelectual, emocional y moral; la calidad y altura de sus conocimientos, sus gustos y aficiones, sus actitudes, sus hábitos, sus sentimientos y sus instintos), más expuesto estará a caer en los vicios de la existencia politizada. Y lo mismo vale para una sociedad.

Cuando más se vean absorbidos un individuo y una sociedad por el furor activista, más proclives serán a entregarse a esa peculiar forma del activismo que es el de carácter político, esto es, la exacerbación de la acción política. Cuanto más desnortada y desquiciada esté la vida activa de un sujeto o un grupo humano, menos posibilidades tendrán de escapar al cáncer que suponen el politicismo y la politización.

A todo ello se añaden dos fenómenos de extraordinaria gravedad y de gran impacto en el mundo actual, dos de los más terribles flagelos de la civilización moderna, los cuales propician el crecimiento exponencial de la politización de las masas:

a) La propaganda: el lavado de cerebro, y también del carácter, a que somos sometidos de manera incesante, sin posibilidad de escapar a la poderosa trituradora mental; esto es, los llamados “medios de comunicación”, los cuales son en realidad medios de adoctrinamiento de masas, instrumentos de manipulación de las mentes y de las conciencias, que buscan su formación (o más bien deformación) con arreglo a las directrices del sistema político imperante. La propaganda no tiene otra finalidad que presentar la mentira como verdad y la verdad como mentira (o como cosa olvidada, inexistente, baladí, digna de borrarse, a la que no merece la pena dirigir la mirada), acariciando al mismo tiempo los bajos instintos y pasiones de la población, para así domesticarla, amaestrarla y convertirla en masa sin mente ni voluntad propias, o sea, en un conglomerado informe, fanatizado y cretinizado, que sea fácil de conducir hacia donde se desea y hacer con él lo que se estime oportuno.

b) Las ideologías: la presión de los sistemas ideológicos que usan precisamente el aparato propagandístico para convencernos de las excelencias de su mensaje redentor. Por ideología ha de entenderse un sistema de ideas que, con un enfoque simplista y reduccionista, afirma haber encontrado la clave para entender, interpretar y transformar la realidad, exigiendo por ello una adhesión total de los individuos y de la sociedad, así como el sometimiento a sus directrices de todas las facetas y ámbitos de la vida. Por su misma naturaleza, las ideologías (todas ellas, ya sea la marxista, la nacionalista, la racista, la evolucionista, la democratista, la feminista o “de género”) no hacen sino enturbiar el panorama mental y anímico de la Humanidad, dificultando así el conocimiento y la comprensión de la realidad.

Aquí nos vemos obligados a tocar una cuestión que es de la mayor relevancia hoy día, como es el de la ideologización de la vida social y de las mentes.

La ideologización es un fenómeno mucho más grave que la politización, a la cual va inevitablemente unida. Actúa de forma más implacable e incide en zonas más profundas del ser humano; pues la ideología viene a ser un sucedáneo laicista y secularizado de la religión, que, por otra parte, violenta la realidad. La realidad tiene que ajustarse a sus postulados que son tenidos poco menos que como una verdad revelada. Las ideologías pretenden dar respuesta a todas las cuestiones de la existencia y no admiten ningún tipo de disensión o discrepancia: quien ose discrepar del dogma ideológico será declarado anatema, siendo excomulgado y perseguido de forma inmisericorde como hereje que es.

En nuestros días la ideologización que va introduciendo en todos los niveles de la sociedad el continuo funcionamiento de la todopoderosa maquinaria propagandística, al operar sobre niveles anímicos más sutiles y subconscientes, produce accesos de fanatismo y de sectarismo que resultan sumamente perniciosos y peligrosos. Accesos que se observan incluso en sujetos de considerable preparación y alto nivel intelectual, que ocupan puestos eminentes y de innegable influencia social (intelectuales, escritores, periodistas, hombres de ciencia, grandes empresarios, clérigos y teólogos). La politización alcanza así sus formas más extremas y lamentables.

La enseñanza que nos brinda la realidad cotidiana, los hechos que observamos a todas horas y que la experiencia vivida nos ha hecho comprender de forma diáfana, es la siguiente: un individuo que no se cultive, que no se trabaje a fondo, de manera rigurosa y sistemática, y que no viva con una actitud a la vez crítica y ecuánime, no será capaz de resistir la ofensiva a que su mente se ve sometida y estará condenado a tener una mentalidad ideologizada, alimentada por

la ideología que le haya inculcado la propaganda, con lo que esto supone de alienación y pérdida de su libertad interior.

Y a este respecto, cabría añadir que lo peor que puede suceder a un país es caer en manos de un líder politizado e ideologizado, inculto e inepto, demagogo, irresponsable, fanatizado y sectario, que piensa en términos propagandísticos y se cree su propia propaganda. O, para ser más exactos, el quedar sometido a un grupo político ideologizado, que además de tener al frente un dirigente de esas características, se halla integrado por necios e ignorantes que, en su banal superficialidad, creen poseer la clave para crear el mundo idílico y perfecto que responda a sus quiméricos ideales.

En nuestros días la propaganda ha forjado una serie de ídolos político-ideológicos a los que todo el mundo rinde pleitesía. Ídolos a los cuales no queda otro remedio, para no quedar anatematizado o excomulgado, que ofrendar incienso en los altares lacios de esta era descreída. En la propaganda está una de las principales claves no sólo de la actual epidemia politizadora, sino del avance arrollador de las diversas formas de idolatría moderna, con todas sus secuelas de subversión, de podredumbre, de destrucción e inversión de valores. Nada ni nadie escapa a su influjo omnipresente y omnipotente, que opera sobre todo en los niveles inconsciente y subconsciente de la psique humana. El aparato propagandístico es el gran responsable del ambiente de incultura, subcultura y anticultura en que actualmente vivimos. Sus tentáculos se han encargado de expandir, promover y afianzar ese clima caliginoso que corroe y carcome la sustancia del alma.

La confluencia de ideología y propaganda, ambas dotadas de un inmenso poder, desconocido e inimaginable para otras épocas, hace del mundo actual un erial de mediocridad y borreguil conformismo, un triste páramo intelectual, emocional y moral en el que difícilmente puede florecer, cultivarse ni respetarse nada valioso. Esas dos potencias demoníacas han instaurado una religión mundialista, cuyos falsos dioses traen a la Humanidad por la calle de la amargura.

Este es el panorama con que nos encontramos hoy en día: un desierto espiritual en el que lo político y lo económico imponen su tiránica supremacía y, enarbolando engañosos señuelos y atractivos lemas como el progreso, la libertad y la igualdad, han creado en este mundo globalizado una irrespirable atmósfera de inhumanidad, miseria, barbarie, oprobio, envilecimiento, estupidez, servidumbre y esclavitud. Y van camino de hacerla cada vez más asfixiante, más férrea y opresiva, más difícil de ser modificada o desmontada.

8.- El camino de sanación

Tengo muy claro que el camino para salir de situación tan deplorable y para sanar tan funesta dolencia pasa por una saludable e intensa despolitización.

Despolitizarse significa desfanatizarse, desapasionarse, desintoxicarse, desinfectarse, desparasitarse, despiojarse. A veces también desasnarse; es decir, eliminar la asnal costra de incultura que, por nuestra incuria y desidia, hemos ido dejando vaya recubriendo nuestra persona, nuestro propio mundo mental y anímico. Para superar el degradado nivel que supone la politización, hay que empezar por una sistemática y planificada labor de formación personal, que corrija nuestras lagunas y deficiencias. Y, una vez iniciada esta labor formativa, hay que asumir una sabia y noble postura apolítica, con firmes raíces espirituales, guiada por una alta y amplia visión de las cosas, así como por una profunda y sincera ecuanimidad. Esta virtud, la ecuanimidad, es una de las virtudes o cualidades que más necesitamos hoy día y de las que más escaso está el mundo actual.

Pero, ante todo, hay que dejar bien claro que existen dos formas distintas, incluso opuestas, de

despolitización. **Hay una despolitización sana, noble, superior**, ascendente, trascendente: despolitización por arriba (desde arriba y hacia arriba). Para elevarse por encima de la política, mostrando el norte a la comunidad política y marcándole sus metas y la ruta a seguir. Mostrar los principios indeclinables que han de ser tenidos en cuenta en todo instante.

Y hay una despolitización insana, vulgar, inferior, catagógica, decadente y descendente: despolitización por abajo (desde abajo y hacia abajo). Es la despolitización del pasotismo, de la irresponsabilidad, del “*idiotes*” (según la terminología griega). El individuo despolitizado comedor de percebes y espectador de la telebasura: únicamente le preocupa que le diviertan, que le pongan a su disposición el *panem et circenses* (el pan y circo), es decir que pueda seguir comiendo en el bar sus percebes y sus gambas mientras ve en la televisión su partido de fútbol o su programa favorito. Se desentiende de los problemas del prójimo, de su sociedad y de su mundo.

Por todo lo dicho, se comprenderá que la despolitización es una pura cuestión de higiene mental. Es una labor que cada cual ha de realizar por sí mismo y que afecta a su propio mundo interior. No hay que olvidar, por otra parte, que el despolitizarse es condición sine qua non para poder actuar bien en la vida social y política.

Se trata de devolver a la política su orden y su legitimidad. Hay que poner la política en el sitio que le corresponde, ni más ni menos. Dicho de otro modo: destronar o desautorizar a la política, bajarle los humos (para que no produzca humareda, para que no contamine con sus molestos y negros humos que todo lo enturbian y ensucian). Y desautorizar a la política quiere decir privarla del desorbitado poder y de la desmedida autoridad --falsa y espuria autoridad-- que se ha arrogado, y someterla a una autoridad superior --auténtica y verdadera autoridad--; hacer que vuelva a reconocer aquella autoridad a la que está legítima y naturalmente subordinada. Sólo reconociendo la *Auctoritas* --que es siempre de naturaleza espiritual y sagrada-- allí donde realmente esté, será posible salvar y rescatar a la política del negro abismo en que se encuentra hoy día hundida. Sólo mediante la sumisión a la verdadera y legítima *Auctoritas* podrá la política recobrar la *potestas* que realmente le corresponde, esto es, su verdadero poder o potestad. Y se habrá liberado así de la *hybris* que actualmente la corroe y corrompe.

Pero, para que todo esto se haga realidad, hace falta que intervenga un factor adicional que se suele olvidar o desconocer por completo. La curación del mal politicista, la recuperación de la salud y el retorno a la normalidad, sólo será posible mediante la firme y resuelta intervención del elemento sátvico. **La tendencia rajásica**, rebelde y desbocada, que está en la raíz de la desviación activista del mundo moderno, **ha de quedar de nuevo sometida a la tendencia que le es jerárquicamente superior, la fuerza sátvica**; es decir, aquella que entraña espiritualidad, verticalidad, trascendencia, elevación, impulso ascendente, apertura y tendencia hacia lo alto, esencialidad, centralidad (impulso hacia el Centro y hacia el Ser), ser y estar (el ser por encima del devenir; *lo que uno es* con preeminencia sobre lo que uno parece o aparenta; estar bien, estar en pie, estar centrado, saber estar), luz, claridad, inteligencia, comprensión y conocimiento, bien y bondad, verdad, autenticidad, belleza, virtud, felicidad, alegría, sabiduría, amor, orden, unidad, armonía, paz, libertad, serenidad, equilibrio, ecuanimidad, sosiego y mesura.

Únicamente restableciendo la subordinación del impulso rajásico al criterio superior y más noble de la instancia sátvica, que es por naturaleza anagógica y trascendente, podrá la Humanidad salir de su esclavitud y romper la tiranía de lo político. Y también, por supuesto, la tiranía de lo económico, de los poderes financieros, de las máquinas y de los mecanismos productivos, de lo material y cuantitativo, concepto este último en el que hay que incluir la tiranía de la masa, así como la tiranía de las fuerzas impersonales que dominan nuestra época

crepuscular y que tan vinculadas aparecen con los núcleos del poder político-ideológico. Mientras lo rajásico siga siendo dominante en la existencia de los seres humanos, todas esas potencias informes, despóticas, caóticas e inhumanas, seguirán oprimiéndonos de forma irremisible.

En relación con esta restauración de la influencia sátvica, se impone, por cierto, una constatación un tanto lamentable. He comprobado cómo algunas mentes tal vez bienintencionadas pero fuertemente politizadas --y precisamente por el sesgo que imprime a su manera de pensar y de sentir su agudo politicismo--, rechazan estas ideas con cualquier fútil pretexto, repudiando a tal efecto la terminología misma aquí empleada, tan indispensable y certera, técnicamente tan rigurosa. No la ven con buenos ojos, les desagrada, la critican o se niegan a aceptarla sin más. Arguyen, entre otras cosas --poniendo en acción una típica maquinaria propagandística mental-- que se trata de una terminología extraña, extravagante, no europea ni occidental, demasiado oriental, con cierto tufillo esotérico, compuesta por vocablos que la gente no va a entender o que no pertenecen a tal o cual acerbo político-ideológico tenido por fundamental y cuasi-sacro (aquel en el que tenga puesta su fe el sujeto en cuestión; da igual que se trate del democrático o del fascista, del progresista o del derechista, del liberal o del leninista).

Pero ante tales objeciones hay que responder con rotundidad que el camino de sanación, de salvación y liberación, es básicamente un camino sátvico. No hay ni puede haber otro.

Tendencia sátvica à

(N) Muchas de las notas apuntadas no tienen por qué interpretarse en un sentido peyorativo. De hecho, la tendencia rajásica puede manifestarse bien de forma noble, bien de forma innoble. Todo depende de la relación que el elemento rajásico guarde con el elemento sátvico. Cuando este último proyecta su influencia iluminadora y ordenadora sobre el impulso rajásico, éste pierde su potencialidad negativa, se desarrolla en una clima de legitimidad y adquiere una innegable tonalidad de dignidad, belleza, nobleza y grandeza.

[1] He aquí las definiciones que de estos términos nos ofrece el Dizionario Garzanti: **Politicismo**: “tendenza a far prevalere le esigenze polítiche su tutte le altre, cioè sulle esigenz scientifiche, artistiche, morali, ecc.” **Politicizzare** / **politicizzazione**: “dare carattere político a cose che dovrebbero esserne prive”.

[2] Como premio por haber arruinado a las entidades que dirigían, estos políticos metidos a exitosos banqueros han recibido cuantiosas indemnizaciones al ser cesados, llegando en algunos casos a los 18 millones de euros.